

1134

BATALLA DE DAMAS

o

UN DUELO POR AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

EUGENE SCRIBE Y ERNEST LEGOUVE

VERSION ESPAÑOLA

DE

PEREZ CAPO



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903,
Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de
Buenos Aires de 1910

MALLORCA, 166

14

217(5) 11 11111

1111 1111 1111 1111

1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111

1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111

1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111

1111 1111 1111 1111
1111 1111 1111 1111

BATALLA DE DAMAS
O
UN DUELO POR AMOR

Está versión española de **Bataille de D
mes ou Un duel en amour**, es propiedad
D. Felipe Pérez Capo.

Queda hecho el depósito que marca la L
Edición autorizada por el Sr. Pérez Ca
a la Casa Editorial Maucci.

BATALLA DE DAMAS

o

UN DUELO POR AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

EUGENE SCRIBE Y ERNEST LEGOUVE

VERSION ESPAÑOLA

DE

PEREZ CAPO



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

ganadora de la Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903,
Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de
Buenos Aires de 1910

MALLORCA, 166

PERSONAJES

JOSEFINA.
CONDESA DE AREVAL.
ENRIQUE.
BARON DE MONTRICHARD.
GUSTAVO DE GRIÑON.
GENDARME.
CRIADO.

LA ACCIÓN EN UN REINO IMAGINARIO DE
EUROPA CENTRAL

ACTO PRIMERO

telón elegante.—Dos puertas laterales en primer término.—Chimenea a la izquierda.—Puerta al foro.—Velador a la izquierda.—Mesita y sofá a la derecha.—Un caballete con un cuadro a la izquierda.—Es de día.

Al levantarse el telón está ENRIQUE, vestido con uniforme de criado elegante, de pie ante el caballete. A poco, sale JOSEFINA por el foro.

ENRIQ. ¡Es encantador!... ¡Encantador!... ¡Qué delicadeza!... ¡Qué gracia!

JOSEF. ¿Qué dice este hombre? *(Con tono severo.)*
¡Carlos!... ¡Carlos!...

ENRIQ. *(Volviéndose rápidamente e inclinándose.)* ¡Señorita!

JOSEF. ¿Qué hacía usted?

ENRIQ. Perdóneme. Miraba el retrato de mi ama... de su tía de usted... La he conocido al momento... Está muy parecida.

JOSEF. ¿Quién le pide a usted su opinión?
¿Son ésas las cartas y los periódicos de hoy?

ENRIQ. Sí, señorita. He ido yo a la estación esta mañana, en lugar del «chauffeur», que no ha tenido tiempo. He traído cartas para todo el mundo. Para la señorita, desde luego.

JOSEF. Vengan. ¿Cómo?... Sí; ésta es de Hortensia... mi amiga de la infancia... Me habla de conspiraciones, de complots... ¡Bastante me importa a mí la política! Me pregunta que si me caso... ¡Esa ya es otra cuestión! No están los tiempos para pensar en eso. Los jóvenes sí que están preocupados con la política. No se acuerdan para nada de las muchachas.

ENRIQ. Dos cartas para la señora condesa... Estas otras para el hermano de la señora condesa... y para el señor Griñón, ese joven notario que está aquí desde hace ocho días.

JOSEF. ¡Bueno, basta! ¡Vengan los periódicos!

ENRIQ. Aquí tiene usted.

JOSEF. ¡Y en muy bonito estado!

ENRIQ. Es que el «chauffeur» y la doncella querían leerlos antes que la señora y la señorita, lo cual es una falta de respeto..., y yo me opuse... y hubo lucha... y, ¡claro!...

JOSEF. Está bien. Yo no le pregunto tanto.

ENRIQ. No creí que a la señorita le enfadaría el cumplimento de mi deber.

JOSEF. Lo que enfada a veces es el exceso de cumplimiento.

ENRIQ. Eso decía un pensador ilustre.

JOSEF. ¡Esto es demasiado! Se dá usted una importancia impropia de su situación.
(*Aparece la Condesa foro.*)

CONDE. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa, Josefina?

JOSEF. Carlos... que repite cosas que oye o que lee; pero sin haberlas comprendido.

ENRIQ. Es cierto. No creía que esto pudiera molestar...

CONDE. ¡Basta! Habla usted demasiado. Reconozco sus buenas cualidades, su fidelidad para conmigo; pero usted olvida su situación con mucha frecuencia. No me obligue a que se la recuerde. Además... éste no es su sitio. Le he admitido únicamente para cuidar de los caballos de mi hermano. Vaya usted a cumplir con su obligación. (*Enrique le da las dos cartas, saluda respetuoso y váse foro.—La Condesa abre las cartas.*) ¡Qué tiempos! Hasta los criados quieren darse importancia.

JOSEF. Pero una importancia como no tienes idea. (*La Condesa a la derecha, lee aparte y con emoción una de las cartas, mientras Josefina a la izquierda, hojea los periódicos.*)

CONDE. ¡Es de ella!... ¡Pobre amiga mía!... ¡Cómo debía temblar su mano al escribirme! (*Lee.*) «Mi querida Cecilia: ¡Bendita seas mil y mil veces! He

recobrado mi esperanza desde que sé que mi hijo está a tu lado. Tu quinta, situada a dos leguas de la frontera, le permite esperar sin peligro la solución de ese proceso fatal. Porque ¿quién podrá sospechar que la quinta de la condesa de Areval oculta a un hombre acusado de conspiración contra el rey? (*Interrumpiendo la lectura.*) Es que mi corazón no tiene opiniones políticas. (*Vuelve a leer.*) «Enrique no es culpable. Una desdichadísima qui jotada, que él te contará, seguramente, es lo único que le ha dado apariencias de conspirador; pero estas apariencias bastarán de sobra para perderle en el momento que lo descubrieran. Hay, sin embargo, noticias favorables. Se asegura que no se quiere extremar el rigor, y hasta se dice,—¿quién sabe si es cierto?—que el rey no tardará en dar una gran prueba de su clemencia.»

JOSEF. ¡Dios mío!... ¿Qué dice aquí?

CONDE. ¿Qué es eso?

JOSEF. ¡Qué rabia! ¡Otra pena de muerte! (*Lee en un periódico.*) «El consejo de guerra ha condenado ayer al jefe del complot republicano, Enrique de Flavinel, un joven de veinticinco años.

CONDE. Que afortunadamente se ha puesto a salvo, con la ayuda de varios amigos... según me han dicho.

JOSEF. Sí, sí... Ahora recuerdo... Esta fuga es lo que excitaba hace poco el entusiasmo del amigo Gustavo de Griñón. Aseguraba que no tenía más que un sentimiento... El de no verse mezclado en una trapatista por el estilo... ¡Es todo un valiente!

CONDE. Ha salido a su madre, que tenía la fiereza de un león. En cambio, su padre, según cuentan, era cobarde como una liebre.

JOSEF. Por eso, el otro día, yendo embarcados, hablaba de heroicidades suyas, y de pronto, porque creyó que la lancha iba a zozobrar, se puso exageradamente pálido.

CONDE. ¿Lo ves? Tiene la bravura de su madre (y) a la vez, la cobardía de su papá.

JOSEF. Hoy se lo pregunto... cuando baile con él. Como es tu santo, hemos organizado concierto y baile. Yo estoy en todo. Hasta he pensado en la flor que ha de adornar tu pecho. Una dalia soberbia que he visto en la *serre* y que te sentará a las mil maravillas.

CONDE. Coqueta por cuenta tuya, se concibe. ¡Pero para tu tía!...

JOSEF. Es muy natural. Tú para mí eres yo. Hasta el punto de que cuando hablan con elogio de tí, cosa que pasa con frecuencia, a mí me dan intenciones de decir: «Muchísimas gracias, señores.»

¡Figúrate mi alegría al saber que mi madre me dejaba venir a pasar un mes aquí, a tu lado! Me parecía que sólo al mirarte sería yo una mujercita perfecta. ¿Te sonríes? ¿Es que he dicho alguna tontería?

CONDE. No; porque es tu corazón el que habla. Me hacen sonreír tus ilusiones. El candor con que me dices: Tía, yo te admiro.

JOSEF. ¡Pero si es verdad! En la casa lo han notado ya y todos se burlan de mí. Tienen razón. La moda que tu adoptas, el color de tu vestido, me parecen siempre más bonitos que los de las demás. Aseguran las gentes de casa que imito tu manera de andar y tus gestos... Sin darme cuenta; te lo aseguro. Lo que sí me pasa es que cuando tú me besas y me dices: «¡Hija mía!» soy tan feliz como si lo escuchara de los labios de mi madre.

CONDE. (*Besándola.*) Ten cuidado... Ten cuidado... No es preciso que me perjudiques así. Cuando te vea partir me dará mucha pena... Tanta, como ver que se va marchando mi juventud.

JOSEF. ¡Pero si eres muy joven todavía!

CONDE. Vamos a cuentas. ¿Qué edad te figuras que tengo?

JOSEF. Pues... la verdad...

CONDE. Yo te ayudaré. Treinta...

- JOSEF. Treinta...
- CONDE. Vaya, un esfuerzo.
- JOSEF. Treinta y uno.
- CONDE. Eres demasiado discreta. Yo redondearé la cifra. ¡Treinta y tres! ¡Sí, hijita; treinta y tres cumplidos! El año que viene quizás no tendré más que treinta y dos...; pero hoy... esa es mi edad. Como ves, tienes una tía bastante vieja.
- JOSEF. ¿Vieja?... Pues todas las mañanas le pido a Dios la misma cosa. Llegar a parecerme a tí.
- CONDE. Eso que tú dices no tiene sentido común. Pero es igual. Me divierte escucharlo. Dejemos este punto. Querida discípula... ¿has dibujado esta mañana?
- JOSEF. Venía decidida a ello, cuando... ¿A que no adivinas a quién he encontrado hace un momento delante de mi caballo y contemplando tu retrato? ¡Es una indignidad!
- CONDE. ¿A quién, hijita?
- JOSEF. Pues, a Carlos. Y figúrate que estaba diciendo: «¡Es encantador!»
- CONDE. ¿Y eso te ha puesto tan furiosa?...
- JOSEF. Sí, señora. ¡Un criado!... ¿El, qué sabe si un dibujo es feo o bonito?
- CONDE. ¡Vamos, Josefina!...
- JOSEF. Y no es sólo eso. ¡He descubierto que canta!
- CONDE. Eso es que el muchacho tiene buen humor. ¿Por qué no ha de cantar?

¿Crees que Dios le va a prohibir a él lo que a tí te autoriza?

JOSEF. ¡Pero si es que canta muy bien; y eso es lo que me subleva!

CONDE. A ver, a ver... Cuéntame eso.

JOSEF. Ayer me paseaba yo por el jardín. De pronto oí una voz que cantaba un trozo de «Bohemia»... Una voz encantadora, con un gusto y una afinación... Volví la cabeza y ví que era el consabido Carlos.

CONDE. ¿De verdad?

JOSEF. Tú te ríes; pero a mí esto me indigna. No sé por qué; pero me indigna. Porque no hay manera de distinguir a un joven de buena familia de un ayuda de cámara, si los dos son elegantes, correctos... Fíjate, tía, en que Carlos tiene un tipo distinguidísimo, en que sirve a la mesa con una finura exquisita, en que habla usando unas palabras propias de su posición... ¡Todo esto me pone fuera de mí! No lo puedo remediar. Un criado que se sale de su esfera parece que quiere rebajar a sus señores. *(Con impaciencia.)* En fin, tía, no sé cómo expresarte lo que me pasa. El caso es que yo, tan cariñosa con todo el mundo, siento por este insolente criado una antipatía rayana en la aversión. Si yo fuese el ama de esta

casa... Si yo fuese el ama, ¡no estaría él aquí ni un minuto más!

CONDE. *(Riendo.)* Vamos... Un poco de calma. Antes de despedirle, es preciso que oigamos a ese muchacho. *(Toca el timbre.)*

JOSEF. ¿Qué vas a decirle?

CONDE. Tranquilízate.

JOSEF. Yo no quiero que él se figure que tú le regañas por mi culpa.

CONDE. *(Riendo.)* ¿Por qué no?... Si es a tí, precisamente, a la que subleva con sus osadías. *(Aparece Enrique, foro.)*

ENRIQ. ¿Ha llamado la señora?

CONDE. Sí. Acérquese. Por lo visto, usted se ha propuesto que yo le regañe todos los días y a todas las horas. Vamos a ver... ¿Por qué se ha permitido?...

JOSEF. *(Bajo a la Condesa.)* ¡Que él no sabía que yo le miraba!...

CONDE. No importa. *(A Enrique.)* ¿Por qué se ha permitido usted acercarse a mi retrato, dibujado por mi sobrina, y decir que... que era encantador?

ENRIQ. He dicho lo que me parecía el retrato, señora condesa.

CONDE. Precisamente, esa palabra es la que sobra. Aprobar es juzgar, y usted no tiene el derecho de juzgar más que a sus iguales.

ENRIQ. Pido mil perdones a la señorita por haberla ofendido. En lo sucesivo, se-

guiré pensando lo que he dicho hace un rato... ¡pero no lo diré!

CONDE. Está bien.

JOSEF. ¡Está mal! ¡Estas salidas tuyas son las que me exasperan!

CONDE. ¿Preparó usted los caballos?

ENRIQ. He cumplido sus órdenes, señora condesa.

CONDE. Perfectamente. El día está hermoso... Josefina... Vé a ponerte tu traje de montar.

JOSEF. ¿Voy a salir contigo?

CONDE. No. Saldrás con mi hermano... y con Carlos, que irá detrás de vosotros.

JOSEF. Pero...

CONDE. Es un gran jinete, y su habilidad es una garantía para mí. Yendo él no hay cuidado ninguno.

JOSEF. Pues voy en seguida. *(Aparte, al mutis por izquierda.)* ¡Ay, lo detesto! *(Vase.)*

CONDE. ¿De modo que usted no va a ser nunca razonable?

ENRIQ. Regáñeme usted. ¡Regaña usted tan bien!...

CONDE. Con sus galanterías no conseguirá usted aplacarme. Se está usted exponiendo continuamente a ser descubierto por Josefina o por cualquiera de mis servidores. ¿A quién se le ocurre?... ¡Cantar un trozo de «Bohemia»!... Y, además, cantarlo con afinación, con gusto...

ENRIQ. No tengo la culpa. Sin quererlo, imito el gusto y la afinación con que usted canta.

CONDE. ¡Cállese usted! Tanta adulación me es ya insoportable. ¡Ingrato! Yo no hablo solamente por mí, que le miro como a un hermano... Hablo también por su pobre madre.

ENRIQ. Tiene usted razón. Veamos... ¿Qué debo hacer?

CONDE. Desde luego, contestar cuando yo llame a Carlos... y no decir: «¿Qué?» cuando alguno exclama: «¡Enrique!»

ENRIQ. Lo hago sin pensar. ¡Es tan lógico!

CONDE. Además, nada de extasiarse ante los dibujos de mi sobrina, y nada de contestar como hace un momento: «Pensaré que me parece bien; pero no lo diré.» ¡Hipócrita! Y, por último, nada de exponerse, como lo ha hecho usted esta mañana, yendo a la estación, a pesar de yo tenérselo prohibido. Pero, ¡desgraciada criatura!... ¿No sabe usted que se trata de su vida?

ENRIQ. (Sonriendo.) ¡Bah!

CONDE. Todo es de temer desde la llegada a la capital del departamento del barón de Montrichard, el nuevo prefecto. El barón tiene la delicadeza de una mujer y es astuto como un diplomático. Además, es activo; perseverante... ¡Y pen-

sar que, tal vez, me debe su nombramiento!...

ENRIQ. ¿A usted, condesa?... ¡Pero usted ha recomendado a un hombre como él que ha estado hasta hace poco en el partido republicano!...

CONDE. Pues, por eso. Ahora se esforzará en cumplir con su deber para que se olvide de su pasado. Seguramente, hará algo que destaque su personalidad.

ENRIQ. Sí. Hará fusilar a dos o tres pobres diablos de su antiguo partido.

CONDE. Quizás... Por eso todo su anhelo es poder descubrir al jefe de algún grupo de conspiradores. Me consta que está aguzando el ingenio para descubrirle a usted. Por todas partes han circulado órdenes terminantes, con datos precisos... Lo sé de cierto. Es facilísimo que sea usted reconocido por el primer gendarme que lo encuentre.

ENRIQ. Pues bien; voy a confesarle una cosa. Hay en estos peligros, en esta vida de conspirador perseguido... un no sé qué algo que me entretiene como una novela. Nada me divierte tanto como oír mi nombre de labio en labio, comentando mi peligrosa situación. Nada más divertido que leer yo en los periódicos las noticias de mi fuga, de mi persecución, de mi segurísima captura. Nada más entretenido que llamar

un gendarme, que podría echarme el guante si fuera más lince, y hablarle de mí. «De modo, señor gendarme, que aún no ha caído en las garras de ustedes ese tal Enrique de Flavinel?..» «Hasta ahora, no. Es un endiablado conspirador, que ha elegido divinamente su guarida.» «Y ¿sería usted tan amable que me indicase sus señas? Si es que las conoce..»

ONDE.

¡Me hace usted temblar! ¡Los hombres, siempre lo mismo!.. Su vanidad es lo primero. Vanidad de valor y vanidad de talento. Tome usted, para su castigo, o quizás para su satisfacción, ¿quién sabe?... Vea usted esta carta de su madre. Fíjese en las huellas de lágrimas que se notan.. Comprenda usted que si fuera capturado, su madre se moriría como consecuencia de ello. Comprenda también que si veo detenerle a usted dentro de mi casa, creeré que yo soy la culpable de su desgracia, y tendré a la vez la desesperación del dolor y la angustia del remordimiento. ¿También esta situación emocionante le divierte como una novela? ¡Amigo mío, usted no tiene corazón!

ENRIQ.

¡Perdóneme! Reconozco mi culpa. Es verdad: cuando nuestra vida inspira

ciertas simpatías, debe sernos sagrada. ¡Yo me defenderé, procuraré salvarme..., por mi madre y por... (*Tomádole la mano.*) y por mi hermana!

CONDE. ¡Gracias a Dios! Este propósito borraré un poco su culpa. Pensemos en su salvación, mi querido hermano... Y para que yo pueda ayudarle, cuénteme detalladamente esa quijotada de que me habla su madre y que le ha transformado a usted, sin quererlo, en un conspirador.

ENRIQ. La cosa ha sido muy sencilla. Yo no me he mezclado jamás en política. He servido al rey, porque era mi deber, fui a la guerra con verdadero entusiasmo. Después de licenciarme empezaron las conspiraciones republicanas y se aseguró que en ellas jugaba importante papel algunos generales. Hará un mes ví en las afueras del capital del departamento un pelotón de infantería formando un cuadro. Antes de que yo pudiera preguntar el nombre del desgraciado a quien iba a fusilarse, llegó un coche, escoltado por soldados de caballería. Descendí del coche, entre otros dos militares un viejo de cabellos blancos, vestido con uniforme de gran gala, y ví con sorpresa que era mi antiguo general, el bravo conde de Lambert, herido má

de veinte veces, por el honor de nuestra patria. Yo avancé un poco, impresionado, porque creí que se le llevaba allí para fusilarle. Pero, no... Era mucho peor todavía. Se le llevaba para degradarle. ¿Era culpable aquél pobre viejo? Lo ignoro... Pero cualquiera que sea el delito que cometa un defensor de su patria, un héroe, un valiente... ¡antes que degradarle, se le mata! Por esto, cuando ví que un joven comandante arrancaba al general sus cruces y sus galones y los tiraba al suelo, yo no pude contenerme; avancé más todavía, cogí una cruz y la coloqué sobre el pecho del pobre viejecito, mientras gritaba con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Mueran los tiranos!»

ONDE.

¡Desgraciado!

NRIQ.

Después... pasó lo lógico. Fuí detenido, encausado como jefe de una conspiración, y llevado a la cárcel, donde estaría a estas horas... Mejor dicho; a estas horas ya no estaría en ninguna parte..., si uno de mis carceleros, comprado por usted, no me hubiese facilitado los medios para huir y poder llegar hasta esta casa, donde experimento la doble felicidad de haber sido salvado, y de haber sido salvado por usted. Ese es todo mi crimen.

- CONDE. ¡Basta! Alguien llega. *(Sale Josefina por izquierda con traje de amazona.)*
- JOSEF. Ya estoy, tía. ¿Te parece bien?
- CONDE. Admirable. La corbata un poco más airosa. *(Se la arregla.)* Carlos, vaya usted a ver si mi hermano está ya dispuesto. *(Vase Enrique foro.)* ¿Quién te ha dado esta rosa tan bonita?
- JOSEF. El señor Griñón. Lo encontré en el patio contemplando el caballo del tío. *(Sale Griñón por foro.)*
- GRÍÑON. ¡Qué animal tan magnífico! ¡Qué ferocidad! ¡Qué vigorosidad! ¡Y qué felicidad la de verse transportado por ese huracán con pezuñas! ¡Ah! Señorita... Señora condesa...
- CONDE. Buenos días, mi distinguido huésped. Usted siempre tan exagerado.
- GRÍÑON. Nada de eso. Yo hablo así por una fuerza interna me impele, me lleva a las mayores heroicidades. Ahora mismo...
- CONDE. Ahora mismo puede usted entretenerse con los periódicos. Ahí los tiene, sobre la mesa. *(Aparece Enrique, foro.)*
- ENRIQ. De parte del señor hermano de señora condesa, que la señorita puede bajar cuando guste.
- CONDE. En el acto. Yo voy a ayudarte. *(A Griñón, que intenta seguirla.)* Usted puede quedarse aquí, leyendo. Subo en

guida. ¿Vamos, Josefina?... (*Vase, foro, con Josefina.—Detrás Enrique.*)

GRINON.

(*Siguiendo con la vista a la condesa.*) ¡Es un encanto esta condesa!... ¡Pero en qué hora tan mala dejé que anidase en mi pecho una pasión tan insensata por esta mujer!... ¡Una mujer con arranques de heroína, una mujer que admira a los valientes y se vuelve loca por las valentías... Así es que para agradecerla no hago más que inventar acciones intrépidas... no hago más que exponerme a los mayores peligros. Bueno; pero solamente con la imaginación. Desde que mi pensamiento está fijo en esa mujer, ya no me asusta nada... Me creo un héroe... Un héroe en teoría, ¿eh? Por desdicha, no es lo mismo serlo en la práctica. Esta situación va resultándome ya insostenible, y no veo más que un medio para salir de ella. Casarme inmediatamente con la condesa. Una vez casado, puedo ser padre, y una vez padre, ya tengo el derecho de ser prudente con honor. ¿Qué digo el derecho? Es un deber. Un padre de familia se debe a su mujer y a sus hijos. ¿Un republicano agravia al rey delante de mí?... Pues no puedo provocarle... porque soy padre de familia. ¿Hay una inundación, un incendio, una epidemia?... Yo pongo pies en polvorosa...

porque soy padre de familia. Nada nada; es necesario llegar a padre de familia lo más pronto posible. *(Se sienta y escribe.)* Así... así... La declaración expresiva, cálida, casi ecuatorial. Como yo la siento... La colocaré aquí encima de esta mesa... Ella la verá. Ella la leerá... y me entregará su corazón. Todo es cuestión de tiempo y de diplomacia.

CONDE. *(Dentro.)* ¡Luis!... ¡José!

GRÑON. ¡Es ella! *(Se dirige al foro en el momento en que sale la condesa sosteniendo a Josefina.— Entre los dos la colocan en una butaca.)* ¿Cómo?... ¿Qué le ha pasado?

CONDE. Un accidente... Pero ya parece que recobra el sentido.

GRÑON. ¿Está herida?

CONDE. No, gracias a Dios. Temo, sin embargo, que la emoción y el susto la perjudiquen. Hágame el favor de llamar

GRÑON. ¿Qué desea usted?

CONDE. Que vayan inmediatamente a buscar un médico.

GRÑON. Iré yo, y me lo traeré conmigo, si lo encuentro.

CONDE. Acepto su ofrecimiento. ¡Es usted muy bondadoso!

GRÑON. *(Aparte.)* ¡Con las ganas que tenía yo de no estar presente cuando se encuentre con mi cartita! *(Alto desde el foro.)* ¡Vuelvo al momento. *(Vase.)*

OSEF. *(Volviendo en sí.)* Tía... Tía... Si tú supieras... Yo misma no me doy cuenta todavía.. ¡He estado tan furiosa... mejor dicho, tan ingrata con ese pobre muchacho a quien debo la vida!...

CONDE. ¿Qué significa esto?

OSEF. ¡Es una aventura tan sorprendente... o mejor dicho... tan dichosa!... Imagínate, tía, que Carlos... No, Enrique... ¡No, no!... Yo decía bien... Carlos... Ese pobre Carlos...

CONDE. *(Rápida.)* ¿Lo sabes todo?

OSEF. *(Sonriente.)* Sí. Con absoluta seguridad.

CONDE. *(Asustada.)* ¡Dios mío!

OSEF. *(Rápida y levantándose.)* Me callaré, tía... Me callaré... Te lo juro. Te ayudaré a protegerle, a defenderle... Ahora estoy obligada a ello por gratitud.

CONDE. *(Impaciente.)* Es que no me explico nada de esto.

OSEF. Naturalmente. A mí me parece que lo sabe ya todo el mundo... y lo sé yo sola... es decir, los dos solos. Verás... Íbamos galopando tan tranquilos, cuando de pronto el caballo del tío se asustó y se encabritó. El mío hizo otro tanto, y ya me veía yo en el suelo; cuando Carlos se apeó rápidamente, se colocó con valentía delante del animal, lo detuvo con una mano y con la otra me ayudó a poner pié a tierra. Yo estaba casi desmayada.

- CONDE. ¡Es un buen muchacho!
- JOSEF. ¡A pesar de eso, yo estaba furiosa!
- CONDE. ¿Después de haberte salvado?
- JOSEF. No porque me salvara, sino porque me había salvado con muy poco respeto. Figúrate que casi me cogió en brazos, y que aprovechándose de mi desvanecimiento, estrechaba mi cintura más de lo regular. Cuando abrí los ojos me preguntó con una dulzura impropia de un mozo de caballos:—Señorita, ¿se encuentra usted ya bien?— Mi indignación fué tal que estuve a punto de cruzar su cara con mi fusta.. A renglón seguido empecé a llorar.. Y la verdad es que sin saber por qué..
- CONDE. *(Empezando a inquietarse.)* Bien, bien.. Y ¿después?..
- JOSEF. ¿Después?... Figúrate mi sorpresa cuando le oí decir, sonriente y con una gracia encantadora: «Su legítimo orgullo se ha alarmado por mi temeridad. Tranquílcese, señorita. El hombre que se ha atrevido a tenerla a usted entre sus brazos no es Carlos, el mozo de caballos; es Enrique de Flavinel, el fugitivo.»
- CONDE. ¡Desgraciado! ¡Acabará perdiéndose!
- JOSEF. ¿Perderse porque me ha confiado su secreto?
- CONDE. ¿Quién me asegura que tú sabrás guardarle?

- JOSEF. ¿Tú me crees capaz de hacerle una traición semejante?
- CONDE. ¡Dios me libre de tal sospecha!... Tú no lo harías nunca... Tu bondad y tus temores serán los que le traicionen.
- JOSEF. *(Con entusiasmo.)* No te preocupes... ¡Sabré ser fuerte... ¡Se trata de él!
- CONDE. *(Rápida.)* ¿De él?
- JOSEF. Perdóname. Yo no puedo ocultarte lo que pasa en mi alma. Una alegría inefable ha llenado hoy por completo mi corazón. ¡Desde hace quince días era tan desgraciada!... Yo no podía explicarme lo que sentía... Mejor dicho, yo no lo intentaba... Era vergüenza, ira... Me veía arrastrada hacia un abismo, y, sin embargo, iba a caer sin pesadumbre, sin tristeza.
- CONDE. *(Con ansiedad.)* ¿Qué quieres decir?
- JOSEF. Ahora lo he comprendido claramente. Si me mostraba tan indignada contra él... y contra mí, era, tía de mi alma, porque yo estaba enamorada de él.
- CONDE. *(Con arrebató.)* ¿Que usted le quiere?
- JOSEF. ¿Qué tienes, tía?
- CONDE. *(Fríamente.)* Nada, nada... ¿Que usted le quiere?
- JOSEF. Parece, tía, que te has enfadado conmigo.
- CONDE. ¿Enfadado... yo?... Nada de eso... ¿Por qué había de enfadarme?

JOSEF. No lo sé. Quizás... porque mi confesión es algo tardía... Antes te hubiera revelado mi secreto si antes lo hubiese yo sabido.

CONDE. ¿Y quién le reprocha a usted su falta de confianza?... Déjeme usted... Necesito quedarme sola.

JOSEF. [Tía... a tí te pasa algo conmigo.

CONDE. (*Impaciente.*) Ya he dicho que no.

JOSEF. Jamás me hablaste de ese modo. Fíjate en que ya no me hablas *de tú*.

CONDE. (*Emocionada.*) ¿Lloras?... Perdóname, hijita... Si te he afligido es que yo también... he sufrido cruelmente... [Todavía sufro... Déjame sola un momento... Te lo suplico. (*Mira a Josefina y después la besa vivamente.*) Déjame, hijita... Déjame...

JOSEF. (*Haciendo mutis por izquierda.*) Pues, hasta luego... Lo que tú quieras.

CONDE. ¡Le quiere!... ¿Por qué no había de quererle? ¿No es joven como él? ¿No es rica y noble como él?... ¿Por qué mientras me hablaba, sentía yo hacia ella un sentimiento de cólera, de aversión?... ¡No; esto no es posible!... ¿Desde hace quince días no velaba yo por él como una amiga... no le hablaba yo como una madre?... Hoy mismo ¿no le agradecía que me llamase su hermana? ¡A pesar mío, ha caído la venda [Todo aquello lo decía mi corazón pro

curando engañarse... Pero era muy difícil conseguirlo. Mi interés no ha sido amistoso, ni fraternal... Es que estoy enamorad'a de él. ¡Enamorada!... Y mi rival es Josefina, esa chiquilla a quien quiero tanto, porque es un ángel todo bondad. Realmente, no existe para mí más que una solución... Encerrar este amor insensato en lo más profundo de mi pecho, ocultarlo para siempre como una vergüenza... ahogarlo, si es posible. (*Pequeña pausa.*) Pero no puedo. Desde que este fuego oculto ha estallado ante mis ojos; desde que me he confesado este amor... tardío, siento que se apodera de mí, que me vence, que es mayor a cada minuto, a cada palabra, a cada pensamiento. (*Con resolución.*) Y digo yo: ¿Por qué combatirlo? Josefina quiere a Enrique... Es cierto... Pero él aún no la quiere... Es libre y puede elegir. Josefina es guapa... De mí dicen que lo soy todavía... ¡Que elija Enrique! Dura es la guerra que se avecina; pero quiero hacerme la ilusión de que el triunfo está de mi parte. A los 16 años se lucha francamente... A los 30 años una batalla por amor es siempre a la desesperada. Yo siento luchar con Josefina; pero no hay más remedio... El corazón se impone. (*Repara en la carta de Griñon.*) ¡Eh, qué carta es ésta?

«Señora Condesa de Areval...» Y firma
«Gustavo de Griñon» A ver... a ver..
(*Aparece Griñon, foro.*)

GRIÑON.

¡Ya ha cogido mi carta!

CONDE.

¿Qué dice este hombre?

GRIÑON.

Y no parece que se enfada mucho.

CONDE.

Sí, no tiene duda... Es la declaración
de un amor verdadero... de una pasión
sincera.

GRIÑON.

¡Pero si está hablando sola!

CONDE.

¡Me quiere!... ¡Es claro, todavía se
me puede querer!... Y habla de casarse
conmigo... ¡Es natural, todavía se me
puede hablar de estas cosas con entu-
siasmo!

GRIÑÓN.

Ea, yo me decido. Condesa...

CONDE.

Señor Griñón... ¿es usted quién ha es-
crito esta carta?

GRIÑON.

Esa carta... esa carta que ahora... us-
ted... la... (*Aparte.*) ¡Ay, Dios mío!

CONDE.

(*Rápida.*) ¡Contestel... ¿Es de usted?

GRIÑON.

Pues bien... Sí, señora... Es mía ¿y
qué?

CONDE.

Lo que ella dice ¿es la expresión rea-
de su pensamiento?

GRIÑON.

Real y absoluta.

CONDE.

Quiere decirse que está usted enamo-
rado de mí... que desea casarse con
migo...

GRIÑON.

¿Por qué no?

CONDE.

Usted... un joven de 25 años.

GRIÑON.

¡Qué importa la edad! Todo lo que sé

todo lo que puedo decirle... es que usted es joven y bella... y que yo la adoro con toda mi alma.

CONDE. *(Con alegría.)* ¿Que usted me adora?

GRIÑON. ¡Pero, por Dios, no se enfade usted conmigo!

CONDE. Enfadarme... Jamás he oído palabras más dulces ni más oportunas... Si usted supiera... Si yo pudiese decirle...

GRIÑON. Yo no pido tanto. Mi deber es respetar su turbación lógica, su lógica emoción. *(Oyese música dentro.)*

CONDE. ¿Qué es eso?

GRIÑON. ¡Ah!, ya me olvidaba!... Una sorpresa... Como hoy es el día de su santo...

CONDE. ¡Es verdad! También de eso me olvidaba yo.

GRIÑON. Pero nos hemos acordado su sobrina y un servidor, y allá en el salón grande y en el jardín, sus amigos, sus vecinos... sus criados... todos cantan y bailan y disfrutan.

CONDE. *(Aparte.)* ¡Enrique estará allí! ¡Seguro! *(Alto.)* Mil gracias, amigo mío. Pues vamos... ¡Y bailaremos...

GRIÑON. Sí, señora.

CONDE. ¡Y cantaremos...

GRIÑON. Sí, señora.

CONDE. Para ellos... Con ellos...

GRIÑON. Sí, señora.

CONDE. *(Aparte.)* Enrique estará allí... Nos oirá a las dos. Nos verá a las dos... Nos

juzgará a las dos... *(Alto.)* Vamos, amigo Griñón... ¡Qué feliz soy en este momento!..

GRÑON. Y yo también.

CONDE. Vamos... vamos... *(Cogiéndolo del brazo y llevándose lo vivamente por el foro.—Telón rápido.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un hall elegantísimo.—Al fondo, jardín

Al levantarse el telón aparece por la derecha GRINON

GRINON. ¡Es asombroso!... Después de la confesión que me ha hecho la condesa..., pues, nada, que ni siquiera me mira. Y el caso es que cuando recuerdo su turbación de antes, la cara que me puso... Todo me dice que está enamorada de mí... ¡Todo!... Bueno, menos ella. ¿Le habrá parecido poco mi carta apasionada, mis frases ardorosas?.. No tendré más remedio que acudir a los hechos, que darle pruebas reales de mi pasión. ¿Eh? ¿Quién será aquél señor que dá órdenes a un gendarme? (*Aparece Montrichard, foro.*)

MONTR. Caballero... ¿La señora condesa de Areval?

GRINON. Está en el salón, rodeada de todos sus amigos. Hoy es el día de su santo,

MONTR. Lo siento. Vengo a traerle malas noticias. Y lo lamento más, porque conozco desde hace mucho tiempo a la condesa. me ha distinguido siempre, y ahora precisamente, el ministro me ha nombrado prefecto de este departamento, porque ella ha tenido la bondad de recomendarme.

GRIÑON. Está muy bien relacionada en la corte. Concibo, señor prefecto, el sentimiento que le embarga a usted en este instante.

MONTR. Ya vé usted. Para la primera visita que le hago...

GRIÑON. Traerle una mala noticia.

MONTR. *(Con frialdad.)* Muchas, caballero.

GRIÑON. Pero, ¿qué noticias?...

MONTR. En primer lugar, una bastante grave. Ha estallado un incendio en una granja de la condesa.

GRIÑON. ¿Está usted seguro?

MONTR. Se veía claramente desde la carretera por donde he venido acompañado de algunos gendarmes. Como no he podido destacar ni un sólo número de mi escolta, por motivos muy serios...

GRIÑON. ¿Muy serios?

MONTR. ¡Sí, señor! He mandado a la granja a todos los aldeanos que he visto en el camino, ordenándoles que inmediatamente se me envíen noticias del incendio. *(Sube al fondo.)*

RIÑON. ¡Un incendio!... ¡Qué bonita ocasión para una heroicidad! Si yo me atreviera... ¡Qué efecto causaría en la condesa el que, al preguntar por mí, se le contestara: «El señor Griñón no está... porque ha ido al fuego... por usted... por usted, condesa!» (*A Montrichard.*) Y ¿está lejos la granja?

ONTR. Una media legua.

RIÑON. A dos pasos. ¡Oh! la fortuna me favorece! ¡Qué papel tan interesante el de salvador en un incendio! Andar sobre vigas ardientes..., desaparecer entre torbellinos de humo y de llamas... En el momento más terrible..., cuando la téchumbre va a desplomarse..., de repente, se vé en una ventana a un viejo o a una mujer, que, tendiendo los brazos hacia el intrépido, grita: «¡Socorro! ¡Sálveme usted!»... Y el salvador multitud exclama: «Es un peligro cierto!» ¡No importa!... «¡Es una muerte segura!» ¡No importa!... (*A Montrichard.*) ¿Sabe usted si tiene hijos el colono de la granja?

ONTR. Creo que tres.

RIÑON. ¡Tres hijos! ¡Qué felicidad! Y ¿serán pequeñitos?...

ONTR. Me parece que sí.

RIÑON. Mucho mejor. Es más fácil salvarlos.

¡Qué acto de arrojo!... Recuperar a los hijos a una madre... ¡Con qué admiración me recibirá la condesa cuando yo vuelva aclamado por la multitud con la ropa chamuscada y la cara negrecida!... Mi corazón salta, mi cabeza es un volcán... Adiós, señor perfecto... Voy al fuego ese... Mi deber me empuja...

MONTR. ¡Muy bien! (*Aparte.*) ¡Qué entusiasmo tiene este hombre! (*Alto.*) Deje usted de informarse del estado que se encuentra ese pobre jornalero de la granja que se ha herido en el gar del incendio.

GRIÑON. (*Empieza a tener miedo.*) Pero... ¿herido? Sin duda, levemente...

MONTR. Gravísimo. Ha estado a punto de acharrarse vivo.

GRIÑON. Achicharrarse... vivo... ¿eh?

MONTR. Y lo peor de todo ha sido que una viga le ha roto tres costillas.

GRIÑON. ¿Conque, tres costillas rotas? Y, seriamente, ¿es que iba a salvar a alguien?

MONTR. Sí, claro... Pero vaya usted... No se tregenga...

GRIÑON. (*No se mueve lo más mínimo.*) En seguida. En cuanto mi criado termine de ensillar el caballo. Y eso que estoy pensando que debía ir él en mi nombre... Por eso le pago. Además, que él llega a

que yo... con toda seguridad... (*Aparece un gendarme, foro.*)

GENDA. Señor prefecto... Un aldeano ha venido a avisar que el fuego está ya completamente apagado.

MONTR. ¡Más vale así!

GRIÑON. ¡Apagado!... ¡Qué fatalidad!... Precisamente, cuando yo me disponía a salir. Porque usted lo ha visto... Yo ya estaba saliendo.

GENDA. Mis compañeros han acordonado esta finca, como el señor prefecto ordenó. ¿Quiere comprobarlo el señor prefecto?

MONTR. En el acto. (*A Griñón.*) Ruego a usted, señor mío, que no hable a la condesa de mi llegada. Un asunto urgente me obliga a retirarme; pero vuelvo enseguida. (*Vase, foro, seguido del gendarme.*)

GRIÑON. (*Se pasea agitado.*) ¡Maldición!... No se me presentó nunca una ocasión igual. ¡Un incendio, que al llegar yo ya estaría apagado!... Una acción heroica y nada de peligro!... ¡No se me vuelve a presentar otra!... ¡Ah, la condesa!... Pensativa como antes... (*Sale la Condesa por derecha.*) Pero, ¿pensará en mí?... Señora...

CONDE. ¡Hola, es usted!... Pero, ¿cómo no está usted en el salón?

GRIÑON. Estoy aquí... velando por sus intereses... Ha estallado hace poco un incendio en

una de sus granjas... Pero ya se extinguió, para desgracia mía.

CONDE. ¿Qué dice?

GRIÑON. ¡Hubiera sido tan feliz exponiéndome por usted!... Porque, ¿a qué disimularlo? La quiero a usted más que a mí mismo..., más que a mi vida.

CONDE. *(Riendo.)* Eso es mucho.

GRIÑON. Es lo último, señora. He llegado al límite del entusiasmo, y del sacrificio. Usted se lo merece todo.

CONDE. Por eso, está usted en mi fiesta y huye de mí como del diablo.

GRIÑON. ¡Nada de huir! He salido un momento del salón, porque me mareaba la atmósfera. Desde la antesala he oído ese admirable dúo que ha cantado usted con su sobrina. Han tenido ustedes un éxito formidable. Todos sus servidores embelesados, aplaudían y vitoreaban... Especialmente, el mozo de caballos.

CONDE. *(Rápida.)* ¿Carlos?

GRIÑON. Sí, Carlos... Ese aplaudía tan fuerte como yo.

CONDE. *(Con afectación.)* Retiro, amigo Gustavo mi acusación... verdaderamente injusta.

GRIÑON. *(Aparte.)* Ya la he vuelto a traer al mismo punto de antes.

CONDE. ¿De modo que aplaudieron usted y Carlos?...

GRIÑON. Tuvimos ese honor. A propósito... E

se acerca... El también se lo podrá decir.

CONDE. (*Rápida.*) Amigo Gustavo... Tengo una deuda contraída con usted, y he de pagársela inmediatamente. Vaya usted al salón y espéreme... He decidido cederle el primer baile.

GRINÓN. (*Encantado.*) ¡Con mil amores, condesa!... ¡Con mil amores. (*Aparece Enrique por la derecha.—Aparte, al mutis por derecha.*) ¡Esto marcha!... ¡Indudablemente, esto marcha! (*Vase.*)

ENRIQ. Condesa... La buscaba a usted...

CONDE. ¿Para qué, Enrique?

ENRIQ. ¿Para qué?... Para decirle todo lo que siento en mi alma... Si es posible que acierte a decirlo. Porque, ¿cómo expresar lo que me ha pasado... si nadie ha visto nunca lo que acabo de ver... ni ha oído nunca lo que acabo de oír?

CONDE. ¡Qué entusiasmo! Y ¿quién ha sido el causante?...

ENRIQ. ¿Quién?... ¡Usted y ella!

CONDE. ¿Cómo?

ENRIQ. ¡Ella y usted!... Las dos; a las que yo no quiero separar de mi pensamiento. Las dos, que acaban de aparecérseme unidas, confundidas... como dos hermanas.

CONDE. (*Riendo.*) O como dos rosas en el mismo tallo. Pero, sin embargo..., confiéselo

usted..., la rosa pequeña es la más linda.

ENRIQ. No puedo confesarlo, puesto que no lo sé. Ninguna es la más linda... porque las dos son lindísimas... ¿Se sonríe usted?... ¡Ah! Pues si le refiriese mis impresiones al escuchar el dúo que han cantado ustedes...

CONDE. Dígalas... dígalas usted... Tengo curiosidad por ver cómo sale usted de este conflicto.

ENRIQ. ¿Salir?... ¡Pero si mi felicidad está, precisamente, en este conflicto!.. Confundido con los criados y los campesinos, escuché absorto las primeras notas que salieron de esa garganta cristalina. Me emocioné, realmente, y... no tengo seguridad... pero creo que se me saltaron las lágrimas.

CONDE. Fíjese usted... Está traicionando a la otra rosa.

ENRIQ. Ella empezó a cantar a la segunda estrofa. Yo temí que no tuviera seguridad, que se acobardara y que desafiñase...

CONDE. Y ¿qué?...

ENRIQ. Que me sorprendió notablemente. ¡Voz encantadora, fresca, segurísima!...

CONDE. Fíjese usted... Está haciendo de menos a la primera rosa.

ENRIQ. ¡No!... ¡Eso, no!... Ya he dicho que las dos para mí son iguales. Sí, precisa-

mente, en el dúo, cuando las dos voces se unieron, fué cuando mi alegría llegó al límite... Porque ya no era ni una ni otra la preferida... En aquél momento, ¡las prefería a las dos! ¡Era un conjunto encantador, sublime, maravilloso!... Con tal igualdad cantaban ustedes que parecían un solo ser. ¡Un solo ser!... En aquél instante me parecía que soñaba, que había salido victoriosamente de este conflicto.

ONDE. (*Aparte.*) ¡Venceré! ¡Ahora tengo mayor esperanza!

ENRIQ. ¡Ah, caracoles!... Y usted perdona la expresión...

ONDE. ¿Qué le pasa?

ENRIQ. Que estoy comprometido para bailar con Catalina, la hija del jardinero. Como es de mi clase...

ONDE. Sí, sí... No la haga usted esperar... Siendo con Catalina no hay inconveniente... (*Aparte.*) ni peligro.

ENRIQ. Con permiso de usted.

ONDE. Vaya deprisa... deprisa (*Vase Enrique riendo por la derecha.*) Josefina acabará derrotada... Me lo garantiza mi experiencia. (*Sale Josefina por foro.*)

JOSEF. ¡Tía!... ¡Tía, qué desgracia!

ONDE. ¿Cómo?... ¿Qué sucede?

JOSEF. ¡Una cosa horrible!

ONDE. ¡Pero habla, en nombre del cielo!

JOSEF. Policías, gendarmes...

- CONDE. ¡Gendarmes!...
- JOSEF. Sí... Unos han acordonado la finca... Otros han entrado ya al jardín.
- CONDE. ¡Dios mío!
- JOSEF. ¡Vienen para detenerle!
- CONDE. ¡Eso es imposible! ¡Detenerle en casa!... ¡En casa de la condesa de Arval! Te repito que no es posible. Calma... Calma...
- JOSEF. ¿Calma?... Tú podrás tenerla, tía... pero que tú no le quieres...
- CONDE. ¿Tú crees?... *(Aparte.)* Ahora que es en peligro, él se convencerá de cual de las dos es a la que más le quiere. *(Señalando a Enrique por foro.)* ¿Es cierto?...
- ENRIQ. *(Sonriente.)* Ciertísimo. Son unos gendarmes, que vienen para detenerme.
- CONDE. ¿Quién se lo ha dicho a usted?
- ENRIQ. El propio sargento. Se lo he preguntado sin más rodeos.
- CONDE. Pero, ¿cómo se ha atrevido usted?
- ENRIQ. Creo que es un asunto que me interesa bastante, y es lógico que procure enterarme.
- CONDE. En resúmen... ¿Qué ha dicho el sargento?
- ENRIQ. Que tiene orden de detener a Enrique de Flavinel. Me parece que esto está clarísimo.
- JOSEF. Y usted comprometido gravemente.
- ENRIQ. No es posible que me suceda ningún contratiempo con unas defensoras como

ustedes.

CONDE. Dice muy bien. Debemos salvarle entre las dos.

ENRIQ. Permítame... Entre los tres... Porque yo tengo también un interés grandísimo. A ver si se nos ocurre alguna travesura... algún truco original...

CONDE. ¡Siempre la novela!

ENRIQ. ¿Conocen ustedes otra más encantadora? (*A la condesa.*) No se enfade conmigo... Estoy a sus órdenes.

CONDE. Sepamos primero quiénes son nuestros enemigos...

ENRIQ. Muy bien, mi general.

CONDE. ¿Cómo se llama el sargento de gendarmes?

ENRIQ. Lo ignoro, mi general... Sé únicamente que vienen acompañando al nuevo prefecto, el terrible barón de Montrichard.

JOSEF. (*Asustada.*) ¡Terrible!... ¡Ay, yo me muero de espanto!

CONDE. Pero, mujer, no llores de ese modo...

JOSEF. ¡Si es que no me puedo contener!

CONDE. ¿Crearás que el espanto no me trastorna como a tí?... Pero pienso en la situación de Enrique y la misma pena me produce valor, ánimo...

ENRIQ. (*Contemplando a la condesa, que sube al fondo.*) ¡Qué linda es la condesa!

JOSEF. (*Secando sus ojos, pero sin dejar de llorar.*) Sí, tía... Sí... Voy a procurarlo.

ENRIQ. *(Contemplándola.)* ¡Qué encantadora es Josefina! *(Alto.)* ¡Ah! bendito sea el peligro en que ahora me encuentro! *(A la condesa.)* Enfádese usted... Regáñeme usted... Pero yo lo diré una y mil veces... ¡Bendito sea este peligro!... Sin él, ¿las vería yo a ustedes a mi lado conmovidas y dispuestas a defenderme?... Venga ya... ¡hasta la ejecución de la sentencia!... No lo sentiré... Porque, gracias a ella, puedo inspirar... *(A Josefina.)* a usted mucho miedo... *(A la condesa.)* a usted mucho valor.

CONDE. ¡Se pone usted ridículo con sus madrigales! Pensemos en el barón. Cuando él viene a esta finca es porque lo sabe todo... ¡Es porque nos han traicionado!

ENRIQ. *(Con indiferencia.)* ¡Vamos, que haberle puesto precio a mi cabeza!... No creo que mi captura merezca cometer una traición.

CONDE. Hay gentes que traicionan por «sport.»

ENRIQ. Gentes muy desinteresadas y muy divertidas. *(Aparece un criado, foro.)*

CRIADO. Señora... El señor barón de Montrichard desea ser recibido por la señora condesa.

JOSEF. ¡Dios mío!

CONDE. En el acto y con sumo placer. *(Vase criado.)* ¡El barón!... Y aún no se ha decidido nada.

JOSEF. ¡Huya usted, pronto!... ¡Huya usted!

CONDE. Al contrario. Quédese aquí.

ENRIQ. ¿Tiene usted alguna idea?

CONDE. Aún no tengo ninguna. Pero es necesario que se quede usted... que el barón de Montrichard le vea... que le vea como un criado. Se sospecha más difícilmente de aquellas personas a quienes se ha visto antes sin sospechar de ellas.

ENRIQ. ¡Es verdad!

JOSEF. ¡Qué feliz eres, tía, por tener esa presencia de ánimo! ¿Cómo puedes hacer eso?...

CONDE. *(Imponiéndose a sí misma.)* ¡Estoy muerta de angustia, hija mía!... Vuélvete al salón... Es necesario que hable a solas con el prefecto.

ENRIQ. ¿A solas?... ¡De ningún modo! Yo quiero saber lo que usted va a decirle.

CONDE. Usted, sí. *(A Josefina.)* Anda, hijita. *(Vase Josefina por derecha. Aparece criado, foro, y anuncia.)*

CRIADO. El señor barón de Montrichard.

ENRIQ. *(Aparte.)* ¡Es una situación originalísima! *(Sale Montrichard por foro. Vase el criado.—Enrique queda en el fondo.)*

CONDE. Señor barón.. ¡Cuánto celebro verle por esta casa!

MONTR. ¡Oh, señora condesa!... Permítame, ante todo, testimoniarle mi agradeci-

miento por cuanto ha hecho usted en obsequio mío.

CONDE. Yo no he hecho más que realzar sus méritos y pedir que se recompensara su conversión a nuestros ideales monárquicos. Carlos... (*Enrique no contes'a.*) ¡Carlos..., el sombrero del señor barón

MONTR. Señora, es el caso...

CONDE. Exijo que honre usted mi fiesta con su presencia. Carlos... ¡un refresco inmediatamente para el señor barón. ¿Naranja? ¿Frambuesa?...

MONTR. Pero si el caso, señora, que...

CONDE. ¡Frambuesa, Carlos! (*Vase Enrique, derecha, riendo.*)

MONTR. Es usted muy amable, y seguramente no me negará un favor que voy a pedirle en nombre de la causa que defendemos. Señora condesa: ha llegado el momento de prestar un señalado servicio a Su Majestad.

CONDE. ¡Así hablan los verdaderos monárquicos! Sepamos de qué servicio se trata...

MONTR. Se trata de ayudar a la captura del jefe de una gran conspiración republicana

CONDE. ¡Muy bien! Y ¿se sabe quién es?

MONTR. Sí. Usted lo sabe mucho mejor aún

CONDE. (*Riendo.*) ¿Yo?... ¡Yo conozco a un conspirador, y no me había enterado!. ¡Pronto! ¡El nombre de ese traidor zuelo que ha sabido engañarme!

- MONTR. Enrique de Flavinel.
- CONDE. ¿Flavinel?... Me suena ese apellido; pero no caigo... Y ¿se sabe dónde se oculta ese conspirador, endemoniado?
- MONTR. Sí. Usted lo sabe mucho mejor aún.
(*Aparece Enrique por derecha con un refresco, que deja sobre la mesa.*)
- CONDE. (*Riendo a carcajadas.*) ¡Qué disparate! Pero, ¿usted cree que yo... encubro a un conspirador?
- MONTR. No es que lo crea... Es que tengo la completa seguridad... Usted, señora condesa, se hará cargo de mi difícilísima situación en este momento. Por un lado, mi lealtad hacia el monarca... Por otro, mi gratitud hacia usted... Pero yo confío en su buen juicio... Señora: ha llegado la ocasión de demostrar sus sentimientos monárquicos.
- CONDE. Señor barón... Ha llegado la ocasión de demostrar cómo se venga una mujer ofendida.
- MONTR. ¿Vengarse usted?...
- CONDE. ¡De un procedimiento incalificable!... ¡De una injuria sangrienta para una fervorosa monárquica, como yo lo soy... Haga usted el favor de tomar asiento y de escucharme. (*Se sientan.*)
- ENRIQ. (*Acercándose y aparte.*) ¿Qué irá a decirle?
- CONDE. (*A Enrique.*) ¡Haga usted el favor de no acercarse tanto! ¡Esto no le interesa a usted! (*A Montrichard.*) ¿Recuerda, se-

ñor barón, que hace ya algunos años la policía buscaba al jefe de una conspiración republicana, que era un abogado fogoso, temerario..., un verdadero peligro para el trono?

MONTR. ¡Es claro que me acuerdo! ¡Aquel abogado era yo!

CONDE. Y ¿recuerda que fué salvado por una muchachita, hija del dueño de la finca donde usted se ocultó?... La muchachita tenía muy buen corazón y una habilidad extraordinaria para burlar a la policía.

MONTR. ¿No he de recordarlo?... Aquella muchachita era usted.

CONDE. Han pasado los años, y ha cambiado usted de papel. Yo sigo con el mío. Usted busca y yo oculto... ¿no es eso? Pues bien, ya sabe por experiencia cómo oculto yo. Puede usted buscar cuando guste.

MONTR. Señora... Yo tengo la seguridad de que está aquí el endemoniado Flavinel.

CONDE. Pues busque... busque... ¡También mala suerte la de usted! Tener que perseguir a un conspirador dentro de una finca mía. ¡Pobre prefecto! ¡Qué temporadita le espera a usted!... Y me estoy riendo de antemano de los chascos que voy a darle... Señor barón no pierda minuto... Recorra la finca registre, pregunte... Y, sobre tod

desconfíe. Desconfíe usted de mis lágrimas... Desconfíe usted de mi sonrisa. Cuando yo me muestre alegre, seguramente es que estoy inquieta... Como no encuentre pronto al conspirador, acabará usted en una jaula!

MONTR.

Señora condesa... ¡me está usted dando el día!

CONDE.

(A Enrique.) ¡Otro refresco al señor barón! ¡Pronto!

ENRIQ.

(Aparte, haciendo mutis derecha, riendo.) ¡Esta mujer es maravillosa!

CONDE.

Señor Montrichard... Voy, con su permiso, a dar una vueltecita por el salón. Está usted en su casa. Si no sale de aquí hasta que capture al conspirador..., va usted a ser mi huésped durante un semestre. De lo que me felicito con toda mi alma. Hasta luego, barón.

MONTR.

Hasta después, condesa. (Vase condesa por la derecha.) ¡Diablo de mujer!... Acaba de arrojarme en un mar de confusiones. Quizás han sido falsas las confidencias... El tal Flavinel no está en esta casa. (Sale Enrique derecha con otro refresco.)

ENRIQ.

Aquí tiene el señor barón.

MONTR.

(Sin hacerle caso.) Si estuviese aquí..., la condesa no hubiera empleado ese tono agresivo y burlón. Y el caso es que si, efectivamente está..., y yo me alejo

de aquí... y la condesa aprovecha mi imbecilidad para hacer que el conspirador gane la frontera..., mi reputación va a quedar por los suelos, (*Fi-
jándose en Enrique.*) ¡Demontre, qué idea!
Oye, muchacho... tú tienes cara de listo
y de discreto...

ENRIQ. El señor me confunde.

MONTR. ¿Tú quieres ganarte 25 francos?

ENRIQ. ¡Ya lo creo! Usted dirá cómo.

MONTR. Es sencillísimo. (*Misteriosamente.*) El se-
ñor Flavinel debe estar oculto aquí, en
esta finca.

ENRIQ. ¿Sí, eh?

MONTR. A ver si puedes dar con él y enseñár-
melo. Por este servicio te daré los 25
francos.

ENRIQ. ¿Nada más que por enseñárselo... ¡Se-
ñor barón!...

MONTR. ¿Por qué te ríes?

ENRIQ. Porque me estoy viendo ya con los 25
francos en mi bolsillo.

MONTR. Eso es que tú sabes algo.

ENRIQ. Un poco..., casi nada..., pero es igual..
Yo no me equivoco nunca. ¡Se lo ense-
ñaré a usted!

MONTR. ¡Bravo! Toma... Cinco francos de an-
ticipo. Y vete en seguida... Hay que
evitar que se sospeche de nuestra con-
nivencia. Cuando hayas descubierto a
tal Flavinel, ven a decírmelo.

- ENRIQ. Tenga usted la seguridad de que lo descubro y de que se lo comunico a usted en el acto.
- MONTR. ¡Magnífico! (*Aparte.*) ¡Es un auxiliar maravilloso!
- ENRIQ. Señor barón... (*Aparte al mutis foro.*) ¡Es un perfectísimo majadero! (*Vase.*)
- MONTR. ¡Acabo de dar un paso decisivo! Esto no obstante, veré si entre las personas de esta casa hay alguna más de quien valerme para mis pesquisas. (*Sale Josefina derecha.*)
- OSEF. Perdóneme, señor barón... Creí que estaba aquí mi tía, la condesa..., y venía...
- MONTR. (*Aparte.*) Parece nerviosa... ¡Ah, qué sospecha! ¿Estará ésta enamorada de Flavinel? Ahora veremos (*Alto.*) Señorita... La veo a usted algo recelosa...
- OSEF. ¿Yo?...
- MONTR. Y, sinceramente, concibo su desconfianza.
- OSEF. ¿Mi desconfianza?
- MONTR. Usted cree, sin duda, que yo vengo a esta casa para arrebatarle algo que le es muy caro.
- OSEF. (*Aparte.*) Comprendo su intención. Pero se equivoca. (*Alto.*) No sé lo que usted quiere decir.
- MONTR. Lo que yo quiero decir es muy sencillo, señorita. He venido a esta quinta,

precedido de policías y gendarmes, para detener al señor Flavinel, porque sospechaba que se había refugiado aquí dentro. Pero mi actitud ha cambiado por completo.

JOSEF. ¿Cómo?

MONTR. Yo sé... yo tengo la certeza de que el señor Flavinel no está aquí.

JOSEF. ¡Ah, vamos!

MONTR. Y voy a partir.

JOSEF. *(Rápida.)* ¿Inmediatamente?

MONTR. *(Sonriendo.)* Inmediatamente... Inmediatamente... ¿Sabe usted, señorita, que su prisa podría darme que sospechar?

JOSEF. *(Comenzando a temblar.)* ¿Cómo, señor barón?

MONTR. Es muy lógico. Al verla a usted tan contenta con mi partida..., yo podría creer que me había engañado... y que el señor Flavinel estaba todavía aquí.

JOSEF. *(Con agitación.)* ¿Yo?... ¿Yo contenta por su partida? Al contrario, señor barón. ¡Ojalá estuviera usted en esta casa todo el día... y más días..., muchos días...

MONTR. ¡Por Dios, señorita! ¡Qué está usted cayendo en el exceso contrario! Hace un momento quería usted que me alejase rápidamente. Ahora desea usted que me quede aquí durante mucho tiempo... Y esto, para un hombre suspicaz, podría muy bien indicar la misma cosa.

SEF. (*Aturdida.*) ¡No le comprendo, señor barón. ¡

ONTR. (*Sonriendo.*) Cálmese usted, señorita... Cálmese usted... Todo ello son puras suposiciones..., porque yo tengo la certeza de que el señor Flavinel no está en esta casa.

SEF. Y tiene usted muchísima razón.

ONTR. Ahora, que, por pura formalidad..., por no dar que pensar a mis auxiliares... (*Mirándola fijamente.*) voy a registrar minuciosamente todo el jardín.

EF. (*Tranquila.*) Me parece muy bien, señor barón. ¡

ONTR. (*Aparte.*) No está en el jardín. (*Alto.*) Después registraré los sótanos, las guardillas, las despensas y los roperos de la casa.

EF. (*Tranquila.*) Ese es su deber, señor barón. ¡

ONTR. (*Aparte.*) No está escondido en la casa. (*Alto.*) En seguida interrogaré, examinaré a todo el mundo... Porque a veces se suele apelar a los disfraces... (*Josefina se estremece.*) ¡Se ha estremecido! (*Alto.*) Interrogaré, siempre por pura fórmula, a los jardineros... (*Aparte.*) Tranquilidad. (*Alto.*) A los cocineros... A los criados... (*Aparte.*) Estremecimiento. (*Alto.*) Y después de cumplidas estas formalidades, partiré de aquí con el sentimiento de abandonar la grata compañía de uste-

des y con la alegría de no haberme visto precisado a cumplir mi penoso deber.

JOSEF. (*Agitada.*) ¿Cómo? ¿Qué deber, señor barón?

MONTR. El de enviar al tal Flavinel ante el Consejo de guerra.

JOSEF. ¡Dios mío! ¡Eso sería su muerte!

MONTR. Su muerte, no... Un gran castigo, s

JOSEF. ¡Yo le repito a usted que sería su muerte! Usted no se atreve a confesármelo..., pero yo tengo la seguridad ¡Condenado a muerte!... Señor barón. Tenga usted caridad... Yo se lo pido en rodillas... El tiene 25 años... Tiene una madre que morirá si él muere... Tiene amigos que darían su vida por salvarla de él... ¡Tenga usted compasión, por Dios!... El no es culpable... El no ha conspirado... Me lo ha dicho él mismo. No le delate usted, señor barón... ¡No le delate usted!

MONTR. ¡Pobre muchacho! (*Aparte.*) Después de todo, es mi deber. (*Alto.*) Fíjese usted señorita... Me habla usted como si él estuviese ya en mi poder. ¿De modo, que está aquí?

JOSEF. (*En el colmo de la angustia.*) ¿Aquí?... ¡No he dicho tal cosa!

MONTR. Claro que no... Pero cuando yo he querido hablarlo de interrogar a los criados, usted ha palidecido.

- JOSEF. ¿Yo?
- MONTR. Después ha exclamado usted: «¡Me lo ha dicho él mismo!»
- JOSEF. ¿Yo?
- MONTR. Y en seguida añadió usted: «¡No le delate, señor barón!»
- JOSEF. ¿Yo? *(Se fija en Enrique que sale, foro, y da un grito terrible, escondiendo la cabeza entre las manos.—Enrique, rápido, se acerca a Montrichard y le habla en voz baja.)*
- ENRIQ. ¡Ya estoy sobre la pista!
- MONTR. Y yo también.
- ENRIQ. Está en la casa.
- MONTR. Acabo de saberlo.
- ENRIQ. Está disfrazado.
- MONTR. ¡Magnífico!... ¡Silencio!... *(A Josefina.)* Señorita la veo a usted tan emocionada, tan nerviosa, que temo importunarla con mi presencia. A los pies de usted, señorita. *(Bajo, a Enrique, al mutis.)* Mucho ojo con él... Que no salga de la casa.
- ENRIQ. Vaya usted tranquilo. Le aseguro que no saldrá..., mientras yo esté aquí.
- MONTR. ¡Bien, bien! *(Vase, foro.)*
- ENRIQ. *(Se deja caer en una silla riéndose.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Qué escena más divertida!
- JOSEF. ¡No se ría usted! ¡No se ría!
- ENRIQ. ¡Diablo! Tiene usted cara de disgusto. ¿Que le pasa?
- JOSEF. Detésteme usted... Maldígame usted...
- ENRIQ. Pero...

JOSEF. Yo soy una desgraciada sin fidelidad y sin valor.

ENRIQ. Pero, ¿qué quiere usted decir?

JOSEF. Usted se ha confiado a mí... Usted me ha revelado el secreto del que depende su vida. Pues bien; ese secreto yo he descubierto. ¡Lo he traicionado a usted!

ENRIQ. ¿Cómo?

JOSEF. Se lo ha revelado todo al prefecto hace un instante. Ha sido una torpeza y una cobardía. He tenido miedo (*Rectificando, rápida.*) Miedo por usted amigo mío.

ENRIQ. (*Sorprendido.*) ¿Es posible?

JOSEF. (*Sollozando.*) ¡Ser yo la culpable de esta desgracia! ¡Yo, que daría mi vida para salvarle!

ENRIQ. ¿Qué escuchó?

JOSEF. Pero yo no sobreviviré a su condena. Se lo juro... No me odie usted... Se lo suplico... Enrique, perdóneme usted. (*Se arrodilla.*)

ENRIQ. (*Levantándola.*) ¡Josefina!... ¡Por Dios! (*Sale deprisa la condesa por la derecha.*)

CONDE. ¿Qué veo?... Pero, ¿qué haces ahí?

JOSEF. Le pido perdón, porque he sido yo quien todo lo he descubierto... Por eso se ha descubierto todo.

CONDE. ¡Perdido!... ¡Perdido!... ¡De ninguna manera! ¡Aquí estoy yo!

JOSEF. (*Con alegria.*) Tía... ¡sí!... ¡Sálvalo!

- ENRIQ. No tema nada. El señor Montrichard me ha elegido para auxiliar suyo.
- CONDE. No se fie usted. Una palabra, un gesto, un segundo bastan para iluminarle... ¡Pero aquí estoy yo! (*Aparece Griñón, foro.*)
- GRÍÑON Condesa, ¿sabe usted lo que significa todo este jaleo de conspiración, de conspiradores disfrazados?...
- CONDE. Un sueño del señor Montrichard.
- GRÍÑON. ¿Un sueño?... Será... Pero mientras no se despierta, la policía está deteniendo a mucha gente... a todos los criados...
- JOSEF. (*Espantada.*) ¡Dios mío!
- CONDE. ¿Está usted seguro?
- GRÍÑON. Segurísimo. Ahora mismo han echado mano al «chauffeur» y a uno de los lacayos. Pero, ¡digo!... Hacia aquí llega un gendarme. ¡A ver si nos detiene a todos! (*Aparece un gendarme foro, y se dirige a Enrique.*)
- GENDA. Amigo... Venía buscándole a usted.
- ENRIQ. ¿A mí?
- GENDA. Haga el favor de seguirme.
- ENRIQ. Aquí hay un error. Sepa usted que estoy agregado al servicio particular del señor prefecto.
- GENDA. Pues no hay error. Las órdenes que tengo son precisas. Haga el favor de seguirme.
- CONDE. (*Bajo, a Enrique.*) No declare usted... Yo

respondo de todo. *(Alto.)* Vaya usted, Carlos... Obedezca usted.

ENRIQ. Ya... ya voy, señora. *(Se dirige a la mesa y recoge el servicio del refresco.)*

CONDE. *(Bajo, a Griñón.)* Dentro de un cuarto de hora, aquí. Necesito hablar con usted a solas.

GRIÑON. ¿Conmigo?

CONDE. ¡Silencio! *(Se dirige a la izquierda, al lado de Josefina.)*

GRIÑON. *(Aparte.)* ¿Una entrevista misteriosa? ¡Esto marcha divinamente!

JOSEF. *(Aparte a la Condesa.)* ¡He sido yo quien le he perdido!

CONDE. ¡Y yo soy quien le voy a salvar!

ENRIQ. *(Con la bandeja en la mano, al gendarme.)* Cuando usted guste. *(Vase, foro, detrás del gendarme.)*

CONDE. *(Aparte, en el colmo de la satisfacción y del orgullo.)* ¡Perdido por ella!... ¡Salvado por mí!... *(Telón rápido.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior

Al levantarse el telón sale la CONDESA por la izquierda

CONDE. Ya está todo preparado para la segunda parte de la aventura. *(Sale Griñón por la derecha, misteriosamente, de puntillas.)*

GRIÑON. Aquí estoy, señora. Puntual a la entrevista que usted me ha concedido.

CONDE. *(Muy amable.)* Ya le esperaba impaciente.

GRIÑON. *(Contentísimo.)* ¡Impaciente!

CONDE. Y aguardándole, empecé a soñar...

GRIÑON. ¿Con quién?

CONDE. Con usted.

GRIÑON. ¿Es posible?

CONDE. Sí. Soñaba con ese carácter caballeresco, con ese deseo de sortear peligros que le azuza a usted continuamente.

GRIÑON. ¡Lo llevo en la masa de la sangre!

CONDE. Y como la fantasía es una cosa asimilativa..., preocupada yo con la pre-

sencia de Montrichard y de sus gen
darmes..., he soñado que un pobre per
seguido por la autoridad y condenado
a muerte venía a pedirme que lo ampa
rase y lo ocultara. Me dijo que tenía
una madre, una hermana..., y yo lo
amparé.

GRÑON. ¡Magnánimo corazón!

CONDE. A los pocos minutos llega la policía
y me exige que le entregue el fugitivo

GRÑON. ¿Entregarlo?... ¡Nunca!

CONDE. ¡Qué bien nos entendemos!... La pol
cía me amenazó hasta con la muerte

GRÑON. ¿Qué importa la muerte?... Sobre to
do, si la persona que nos quiere está
presente para animarnos y bendecir
nos. ¡Ah, condesa!... Cuando yo sueño
una cosa así y usted está presente
mi corazón palpita, mi cerebro se
exalta...

CONDE. (*Riendo.*) Quizás... porque se trata de
un sueño.

GRÑON. ¡En la realidad soy muchísimo más
arrojado! ¿Cómo demostrárselo?... E
sta tarde he estado a punto de mor
achicharrado... sólo por usted. ¡Aho
r mismo quisiera verla en un peligr
de muerte, para salvarla de él o par
compartirle con usted!

CONDE. ¡Qué fogosidad!

GRÑON. ¡Usted no conoce a este corazón, qu
la adora con frenesí!... ¡Usted no sab

de qué sacrificios, de qué abnegaciones le haría capaz el amor!... Sí, señora... Yo pido constantemente al cielo una sola cosa: Que se me presente la ocasión de morir por usted.

CONDE. Pues bien... El cielo le ha hecho caso.

GRIÑON. ¿Cómo?

CONDE. Esa ocasión que usted pedía ya se le ha presentado.

GRIÑON. ¿Cómo?

CONDE. Carlos, mi mozo de caballos, a quien usted ha visto detener, no es Carlos. Es Enrique de Flavinel.

GRIÑON. ¿Qué?

CONDE. Enrique de Flavinel, condenado a muerte por conspirador.

GRIÑON. ¡Cielos!

CONDE. Y usted puede salvarle.

GRIÑON. Pero...

CONDE. Poniéndose en su lugar.

GRIÑON. ¿Para que me fusilen?

CONDE. No se llegará hasta ese punto. Es necesario que usted consienta en pasar por él durante algunos instantes... Es preciso que se deje usted prender en su lugar.

GRIÑON. Permítame, condesa... Yo he dicho que me sacrificaría por usted... Pero no por un desconocido... Por un extraño...

CONDE. Yo soy su cómplice... Deteniéndole a él, seguramente peligrará mi existencia... Y ¿usted vacila?...

- GRÑON. ¡Sí!... Pero comprenda que si tiemblo... Porque estoy temblando... Es por usted... Nada más que por usted... A mí, pásame lo que me pase... ¡no me hace temblar nadie ni nada!
- CONDE. Ya lo sabía yo. Por eso contaba de antemano con su heroísmo. Además, en esta ocasión no habrá para usted el menor peligro. Se lo aseguro.
- GRÑON. ¿Ni el menor peligro? (*Entusiasmado.*) ¡Pero es que yo quisiera que lo hubiese! ¡Para desafiarle por usted! ¡Hable..., hable, condesa!... ¡Dígame pronto todo lo que he de hacer!
- CONDE. Primero ponerse un guardapolvo y una gorra, que hay en aquella habitación.
- GRÑON. (*Con intrepidez.*) ¡Me los pondré! Y ¿luego?...
- CONDE. Subir en mi automóvil y ocupar el sitio de mi «chauffeur».
- GRÑON. Subiré. Y ¿después?...
- CONDE. Cogerse al volante y salir de estampía, llevándome a mí en el coche.
- GRÑON. La llevaré. Y ¿luego?...
- CONDE. Pues nada. A los pocos metros los gendarmes nos darán el alto...
- GRÑON. (*Con un poco de espanto.*) ¡Los gendarmes!
- CONDE. Y le detendrán a usted.
- GRÑON. (*Más espantado.*) ¿A mí?... ¿A Griñón?
- CONDE. Sí... No como Griñón. Le detendrán como Enrique de Flavinel. Pero usted,

díganle lo que le digan, y háganle lo que le hagan...

GRÍÑON. *(Temblando.)* Háganme lo que me hagan...

CONDE. Confesaré..., insistirá en que es usted Enrique de Flavinel. Se le llevarán a usted a la cárcel...

GRÍÑON. ¿A mí?... ¿A Griñón?...

CONDE. A usted... ¡pero Flavinel! Mientras tanto, y con toda tranquilidad el verdadero Flavinel pasará la frontera... Salvado por usted, por su heroísmo...

GRÍÑON. Y yo expuesto a que me den cuatro tiros...

CONDE. No, hombre. Todo se aclarará en seguida. Vaya usted a ponerse el guardapolvo... ¡Pronto!...

GRÍÑON. Sí, señora... Ya voy... *(Se dirige al foro.)*

CONDE. Pero, ¿a dónde va usted?

GRÍÑON. Pues a eso..., a eso...

CONDE. Si es en aquella habitación.

GRÍÑON. Ya decía yo.

CONDE. Tome usted esa carta. ¡Guárdesela!

GRÍÑON. Pero, ¿con que objeto?

CONDE. Ya lo sabrá. ¡Vamos! ¡Vamos! En cuanto oiga usted el timbre, puede salir.

GRÍÑON. ¿Con el guardapolvo y la gorra?

CONDE. Naturalmente. Pero, ¿no se va usted?

GRÍÑON. Sí..., sí, señora. *(Aparte, al mutis, por izquierda.)* ¡Dios mío, en la que me he metido!... *(Vase.) (Sale Josefina por el foro.)*

JOSEF. Tía, tía... El barón de Montrichard sube para hablar contigo. Por cierto que sospecha de Enrique. Al pasar yo por su lado le decía a uno de sus policías: «Siga usted sus pesquisas, y, sobre todo, no pierda de vista al criado que estaba conmigo.»

CONDE. Esto es grave. (*Rehaciéndose.*) Pero no importa, ¡Sangre fría! (*Sale Montrichard por foro.*)

MONTR. Señoras...

CONDE. ¡Ah! ¿Es usted, barón?... ¿Vendrá usted a descansar de su laboriosa investigación?

MONTR. Yo no me canso por tan poco. Vengo a decirles que no tardaré en dejar de importunarlas con mi presencia.

CONDE. ¿Ve usted, barón?... Entre mis criados no estaba el culpable.

MONTR. No tardaré mucho en demostrarle lo contrario.

JOSEF. (*Bajo, a la condesa.*) ¡Tía, lo sabe todo! (*La condesa le toma la mano, para hacerla callar.*)

CONDE. Amigo Montrichard... Celebraré mucho que a mi regreso haya usted triunfado en su empresa.

JOSEF. ¿Cómo, tía?...

CONDE. (*Bajo, a Josefina.*) ¡Cállate!

MONTR. (*Aparte.*) ¡Quiere alejarse! (*Alto.*) Según eso, ¿va usted a viajar?

- CONDE. Sí. Voy a la capital del departamento, en donde he de resolver algunos asuntos urgentes. Por cierto, que no sé cómo no me han avisado ya. (*Toca el timbre.*) (*Aparece Griñón izquierda, con guardapolvo y gorra de «chauffeur».*)
- GRÍÑON. El automóvil de la señora condesa está dispuesto.
- CONDE. Muy bien. Avise a la doncella y partiremos en seguida.
- MONTR. Permítame... Permítame, señora... (*A Griñón.*) Quédese, amigo... Acérquese... Acérquese... (*A la condesa.*) He hablado hace un momento con su «chauffeur», y me parece que no es éste.
- CONDE. Es que tengo dos.
- MONTR. ¿Dos?... Y este individuo ¿ha sido siempre «chauffeur»?
- JOSEF. (*Rápida.*) ¡Siempre!
- GRÍÑON. (*Bajo, a la condesa.*) Es que me ha visto antes.
- CONDE. (*Bajo, a Griñón.*) ¡Tanto mejor!
- MONTR. Por lo visto..., es un «chauffeur» nuevo..., muy nuevo...
- GRÍÑON. Recién estrenado.
- MONTR. Que ha debido estar antes en una situación distinguida.
- CONDE. Quizás...
- GRÍÑON. (*Aparte.*) ¡Es claro! ¡Tengo una figura que me pierde.
- MONTR. Señora condesa, usted no extrañará que yo dude...

- CONDE. Yo le aseguro, amigo barón...
- JOSEF. Sí... Sí, señor... Se lo aseguramos a usted.
- MONTR. ¡Basta! Mi insistencia es inútil. Puesto que ustedes dos me aseguran que este individuo es el «chauffeur»... ya no me molesto en interrogarle... Me limitaré a detenerle. *(Sube hacia el fondo.)*
- GRIÑON. *(Bajo, asustado.)* ¡Señora condesa!...
- CONDE. ¡Esto va a las mil maravillas! Estamos salvados. La carta... Deme usted la carta...
- GRIÑON. *(Aturdido.)* Pero...
- MONTR. *(A la Condesa.)* ¿Qué le ha parecido a usted mi determinación?
- CONDE. Me parece... Me parece que lleva usted su broma demasiado lejos y que no me privará de un servidor que me es muy útil.
- MONTR. Es que tengo la certeza de que a mí también me va a ser muy útil.
- CONDE. Usted no lo detendrá.
- MONTR. ¿Por qué no?
- CONDE. Porque... Porque... *(Bajo, a Griñón.)* ¡La carta! *(Alto.)* Porque este hombre está en mi casa... y yo respondo de él... *(Bajo, a Griñón.)* ¡La carta, o está usted perdido! *(Griñón saca la carta para dársela a la Condesa.—Montrichard que se ha fijado—¡naturalmente!—en el juego, se acerca rápido.)*

ONTR. ¡Ese papell... ¡Exijo a usted que me entregue ese papel!

ONDE. *(Con turbacion estudiada.)* ¡De ninguna manera!

ONTR. ¡Toda resistencia será inútil! ¡Venga ese papel!

RIÑON. Aquí lo tiene.

ONDE. *(También fingiendo.)* ¡El desgraciado! ¡Se ha perdido!

RIÑON. *(Aparte.)* Para la primera heroicidad que hago, ¡me estoy luciendo!

ONTR. El sobre está dirigido a Enrique de Flavinel. A ver la carta. *(Lee.)* «Querido hijo...» *(Deja de leer, devuelve la carta a Griñón y le dice con gran solemnidad.)* Señor Flavinel... En nombre del monarca y de la ley queda usted detenido. *(Sube hacia el fondo y llama.)*

JOSEF. *(Sin poder contenerse.)* ¡Oh, qué alegría!

ONDE. *(Bajo, a Josefina.)* ¡Llora, mujer!

ONTR. ¡Señorita!...

JOSEF. *(Rectificando.)* ¡Qué alegría que no es más que detenido! Yo creí que le iban a fusilar aquí mismo.

RIÑON. *(Aparte.)* Esta Josefina es para animar a cualquiera. *(Aparece un gendarme, foro.)*

ONDE. Señor prefecto...

ONTR. Hágase cargo de este individuo.

ONDE. Amigo barón, yo le suplico...

ONTR. Señora, conozco mi deber. *(Al gendarme.)* Condúzcalo a esa habitación y vigíle-

lo hasta que yo vaya. Trátele como se merece. Al fin y al cabo, es un valiente.

GRIÑON. Señor prefecto, usted me confunde.

MONTR. ¡Lléveselo!

GRIÑON. Sin incomodarse. *(La condesa le estrecha la mano; y él se va por la izquierda, sumido en un mar de confusiones.—Detrás el gendarme.,*

CONDE. *(Bajo, a Josefina.)* Déjame sola con él. Necesito impedir que se saque de esta casa al pobre Griñón. *(Aparece Enrique por el foro.)*

JOSEF. *(Aparte.)* ¡Cielos! ¡Enrique!

MONTR. *(Va al encuentro de Enrique y le habla en voz baja.)* Me habías dicho la verdad. Estaba aquí... disfrazado. Pero, a pesar de su disfraz, lo he descubierto. ¡Ya lo tengo!

ENRIQ. *(Con resolución.)* Pues bien, señor prefecto...

MONTR. ¡Silencio! Toma tus veinte francos.

ENRIQ. *(Estupefacto con el dinero en la mano.)* ¿Qué significa esto?

JOSEF. *(Bajo, rápida.)* Que mi felicidad ha llegado al colmo. Está usted salvado.

ENRIQ. ¿Salvado?

JOSEF. Gracias a mi tía. ¡Adiós! *(Vase por foro.)*

MONTR. Señora condesa... Con su permiso, voy a tomar declaración al detenido.

CONDE. Y puede usted entretenerse todo lo que quiera. Está usted en su casa.

MONTR. ¡No, por Dios! Mi victoria no me da derecho a tanto. *(Vase por la izquierda.)*

ENRIQ. *(Tirando el dinero sobre la mesa.)* ¡Salvado!... ¡Salvado por usted!

CONDE. ¡Todavía, no!... He desviado las sospechas del barón... El cree que ya tiene en su poder al culpable... Pero mientras esté usted en la casa, mientras no haya cruzado la frontera, yo seguiré temiendo.

ENRIQ. Yo, en cambio, ya no temo nada... Gracias a la mujer que con su talento y su destreza...

CONDE. ¡Talento y destreza!... Aquí no ha habido más que corazón, querido Enrique... Porque yo sufría..., porque toda mi sangre se me helaba en las venas, es por lo que he sabido tener valor para defenderlo. Usted creía, por lo visto, que la piedad, que la simpatía por un desgraciado consisten en perder la cabeza en el momento de su peligro, en traicionarle por su misma emoción, como hacen los chiquillos... No, Enrique; el verdadero cariño, el cariño profundo consiste en reírse frente al peligro, en bromear llevando la muerte en el corazón... Únicamente cuando se aleja es cuando el valor se acaba, es cuando las energías nos abandonan. *(Rompe a llorar.)* Si lo hubiesen detenido

- a usted..., yo no hubiera vivido mucho tiempo más... Yo no podría vivir...
 ENRIQ. Cada día, cada minuto que pasa me revelan en usted una cualidad nueva... Mi corazón busca inútilmente algunas palabras para expresarle todo lo que experimenta. Usted, que lo puede todo..., usted que lo sabe todo..., ángel, hada, mujer encantadora...; enséñeme usted el modo de pagarle todo lo que la debo.
- CONDE. Usted no me debe nada.
- ENRIQ. Sí. Por lo menos, todo lo que la he hecho sufrir.
- CONDE. Antes de contestar, Enrique..., necesito hacerle una pregunta... Esas palabras tan apasionadas que ha pronunciado su boca, ¿han salido del fondo de su corazón?
- ENRIQ. Esa duda me ofende. Exíjame una prueba.
- CONDE. Una sola.
- ENRIQ. La que usted diga.
- CONDE. Querermelo mucho..., como yo le quiero... ¡Silencio! Alguien llega (*Sale Josefina, foro.*)
- JOSEF. ¿Se marchó el barón?
- CONDE. ¡Chist! ¡Calla! Voy a decir a todo el mundo que el conspirador está ya en poder del prefecto. Al mismo tiempo abriré la puerta secreta por donde

usted ha de salir para dirigirse rápido a la frontera.

JOSEF. ¡Qué buena eres, tía!

CONDE. Vengo inmediatamente. Confío en que por tan poco tiempo ya no echará usted a perder la obra humanitaria que estoy realizando.

ENRIQ. Lo procuraré, aunque no sea más que por egoísmo. *(Vase la condesa por foro.)*

JOSEF. Amigo mío, ¡qué lucha tan grande!... Tiemblo, porque está usted aquí todavía, y tiemblo, porque voy a dejar de verle... y quizás para mucho tiempo... Para siempre, tal vez.

ENRIQ. ¡Oh, no tanto! ¿Usted piensa que yo no he de volver a mi patria? Déjeme usted la esperanza de una amnistía, de un indulto, de un cambio de régimen...

JOSEF. Y ¿volverá usted a verme?

ENRIQ. ¿Por qué no?

JOSEF. Me ha contestado usted en un tono que hace en mi corazón el efecto de una hoja de acero.

ENRIQ. *(Aparte, contrariado.)* Esta muchacha está enamoradísima de mí, y yo debía corresponder a esa pasión tan pura, tan ingenua... Pero me es imposible. Hay un compromiso sagrado que me lo veda. *(Alto.)* Josefina, la verdad...

JOSEF. No... ¡No quiero saberla! Lo único que anhelo es que, al fin, se vea usted a salvo y sea dichoso.

- ENRIQ. Cuando dos fuerzas distintas luchan por apoderarse de un corazón, la felicidad no llega nunca para él.
- JOSEF. Pero si una de las dos fuerzas tiene más poder que la otra y la vence..., aquel corazón... ¿será feliz?
- ENRIQ. Me ha hecho usted una pregunta que es muy difícil contestarla.
- JOSEF. Venza quien venza, ¿será usted feliz?
- ENRIQ. Venza quien venza, no. Y no me pregunte usted más. Le he contestado ya todo... todo lo que puedo contestarle. *(Sale la Condesa por derecha.)*
- CONDE. Enrique... Salga usted pronto... Está todo preparado.
- ENRIQ. Josefina... Condesa...
- CONDE. No hay tiempo que perder. Cuando esté usted al otro lado de la frontera, póngame tres palabras en un papel... «Libre y feliz.»
- ENRIQ. Yo haré cuanto usted quiera..., puesto que voy a deberla mi vida.
- CONDE. ¡Adiós, Enrique...!
- ENRIQ. ¡Adiós, amigas mías!
- JOSEF. ¡Adiós!... ¡Adiós...! *(Vase Enrique por derecha.)*
- CONDE. ¡Qué alegría tan grande, verle camino de su salvación!... Pero tú no te alegras... ¿A qué vienen esas lágrimas?
- JOSEF. No lloro porque se aleje... Llora, por-

que ya en el mundo ha terminado todo para mí.

ONDE. (*Aparte.*) ¡Ah, comprendido!...

OSEF. Enrique me ha dado a entender que jamás podríamos ser el uno del otro.

ONDE. (*Aparte.*) ¡Es lógico!... Era deber suyo decírselo. (*Alto, cogiendo una mano a Josefina.*) ¡Pobre Josefina!... Y tú ¿le odias, le detestas?...

OSEF. ¡Eso no! Porque no le odio, sufro y moriré.

ONDE. Josefina... Hijita... Hay que tener juicio. Figúrate, por ejemplo..., que él está comprometido con otra mujer.

OSEF. (*Rápida.*) ¡Justo!... Eso es lo que me ha dicho. Comprometido para toda la vida.

ONDE. (*Rápida.*) ¿Te ha dicho el nombre de esa mujer?

OSEF. No... No ha querido... ¿Es que tú lo sabes?

ONDE. Me parece que sí.

OSEF. ¿De verdad?... ¿Sabes si le quiere?... ¿Si le quiere mucho?

ONDE. Sí... ¡mucho!

OSEF. ¿Es simpática?... ¿Es bonita?... ¿Es joven?

ONDE. Todo... menos que tú.

OSEF. Entonces, tía, ¡yo no me lo explico!

ONDE. ¿Qué quieres, hija? El corazón no admite razonamientos.: Sea quien quiera..., si él la prefiere..., si él la adora...

(Aparece Enrique por el foro, cautelosamente y se detiene.)

JOSEF. Eso no, tía... El a quien adora es...
a mí.

CONDE. ¡Josefina!

JOSEF. Es a mí. Me lo ha dicho claramente.
Pero él está comprometido por respeto
por amistad... ¡que sé yo!... Quizá
por gratitud.

CONDE. ¡Por gratitud!

JOSEF. Comprometido por una promesa que
él ha hecho... y que cumplirá, aunque
le costare la vida. Es un caballero y lo
cumplirá. Lloro, porque mi mal y
no tiene remedio.

ENRIQ. *(Avanza.)* Lo tiene, señorita.

LAS DOS. ¡Enrique!...

ENRIQ. El mismo, que, al huir como un co-
barde, reflexionó en la injusticia que
acababa de cometer y se arrepintió
de su maldad. Condesa: mi gratitud me
obligaba hacia usted, porque, realmen-
te, iba a deberle la vida. Prefiero re-
nunciar a mi salvación. Así desaparece
el compromiso que iba a, contraria-
los impulsos de mi corazón por toda
mi vida.

CONDE. Pero, desdichado, y ¿si lo fusilan a
usted?...

ENRIQ. Moriré con la satisfacción íntima de
no haber traicionado, a pesar de todo
ni a mi patria, ni a mi dama.

- JOSEF. | Enrique!...
- CONDE. | Caballero!... *(Se oye la voz de Montrichard.)*
- JOSEF. | El barón!... Yo no quiero que lo vea otra vez aquí. Siéntese usted... Tía, ocultémosle entre las dos... ¿Se niega usted?
- CONDE. No, mujer, no... *(Conteniendo la ira.)* Con mucho gusto.
- ENRIQ. Pero...
- JOSEF. | Cállese usted! *(Enrique se ha sentado en una silla a la derecha.—Josefina y la condesa se colocan de pie delante de él, ocultando su figura.—Sale Montrichard por izquierda.)*
- MONTR. | Vuelvo en el acto... En el acto... Señora condesa... Salgo para decirle a usted que se ha presentado una pequeña complicación. El detenido, echándose a llorar, ha dicho: «Hagan ustedes conmigo lo que quieran; pero yo no soy Enrique de Flavinel. Yo soy Gustavo de Griñón. Yo no sé quién es Flavinel, ni dónde está. Fusílenme ustedes; puesto que yo ya estoy decidido, porque es una cosa que tiene la ventaja de que no se puede repetir..., pero sepan ustedes que van a fusilar al inofensivo Gustavo de Griñón.»
- CONDE. | Mientel Ese hombre ha perdido lo único que le hacía simpático ante mi vista: su heroísmo y su abnegación.
- MONTR. | Luego, usted insiste en que es él?... ¿En que mi triunfo no se ha desvanecido?

cido?... Pues entonces, ¡dejémosle negar! Niegue cuanto quiera, el barón de Montrichard ha conseguido el objeto que le guiaba al visitar la finca de la señora condesa. ¡El conspirador Flavinel está en las manos del prefecto! (*Aparece un policía con un telegrama.*)

POLIC.

Señor barón... Un ciclista de la prefectura ha traído este telegrama cifrado que acaba de recibirse.

MONTR.

Venga (*Mientras lee con la vista.*) ¡Magnífico!... ¡Oportunísimo!... Como mi triunfo no consistía en que se quitara la vida a Flavinel, sino en demostrar que a mi era difícilísimo que se me escapara de entre las manos, este telegrama me produce una viva satisfacción. Su Majestad el rey acaba de decretar una amplia amnistía para todos los delitos políticos.

LAS DOS.

¡Oh, qué alegría!

JOSEF.

Ya no hay inconveniente en que se le vea. (*Apartándose de la silla donde está sentado Enrique.*)

ENRIQ.

(*Levantándose.*) Señor barón...

MONTR.

Señor Flavinel..., ya sabía yo que acabaría usted cayendo en mis manos. Este telegrama ¡ha sido una estratagemal

JOSEF.

¡Dios mío!

MONTR.

Señor Flavinel: en nombre del monarca y de la ley yo le declaro...

ONDE. (*Riendo.*) Yo le declaro libre y perdonado.

LOS OTROS ¿Cómo?

ONDE. A una mujer de mis condiciones no se le escapa nada. El barón ha querido llegar hasta el límite del cumplimiento de su deber. El telegrama trae la orden de amnistía; pero él no ha querido ejecutarla sin tener antes la satisfacción de haber capturado al verdadero Enrique de Flavinel ¿Verdad que sí, señor barón?

ONTR. (*Declarándose vencido.*) Verdad. Es usted una mujer excesivamente perspicaz.

RIÑON. (*Asomándose a la izquierda.*) Señor perfecto... Pero, ¿me van ustedes a fusilar? ¿sí o no?...

ONTR. Está usted indultado señor Griñón.

RIÑON. ¡Qué desgracia! ¡Ahora, que ya estaba decidido y que, después del ridículo que he hecho no me sirve la vida para nada!...

SEF. ¡Qué felicidad tan grande..., tía..., Enrique! ¡Ya los tres juntos... para siempre...!

ONDE. No, hijita, no... Yo tengo preparado mi automóvil para un viaje muy largo... Tardaré mucho en volver.

RIÑON. Señora..., reciba usted la más afectuosa despedida de Gustavo de Griñón, notario, héroe y tonto de capirote.

- CONDE. Muchísimas gracias. Conque, señor barón, ¿quedamos en que la amnistía llegó antes que la captura?
- MONTR. Sí, señora. Lo confieso. En esta lucha he quedado vencido.
- CONDE. *(Emocionada.)* No lo ha sido usted sólo señor barón. *(Fingiendo alegría.)* Pero ¿qué quiere usted?... Para ganar una batalla hay que luchar con muy buenas armas.
- MONTR. En toda batalla vencen siempre la tenacidad y el corazón.
- CONDE. El corazón, sobre todo, cuando se trata de *Batalla de Damas.* *(Telon rápido.)*

FIN



NOVELAS POPULARES

:—: CON CUBIERTAS EN TRICROMÍA :—:

A 2 pesetas el tomo

La Dama de las Camelias.

A 1 peseta el tomo

Manon Lescaut.

Bertoldo, Bertoldino y Casaseno.

Gustavo el Calavera.

La Bella Normanda.

El libro de los enamorados y el secretario de los amantes.

Carlomagno.

A 75 céntimos el tomo

Las trece noches de Juanita.

Los besos malditos.

Bocaccio.

Doña Juanita.

Los amantes de Teruel.

Pablo y Virginia.

Don Juan Tenorio.

Canciones españolas.

Carmen.

Julieta y Romeo.

José María o el rayo de Andalucía.

Otelo o el moro de Venecia.

Genoveva de Brabante.

Mesalina.

El trovador.

El barbero de Sevilla.

Hernani.

Rigoletto.

Lucrecia Borgia.

El rey de los campos.

Amor de madre.

Abelardo y Eloísa.

Flor de un día.

Espinas de una flor.

Dolores o la moza de Calatayud.

Don Juan de Serrallonga.

Los siete niños de Ecija.

Diego Corrientes.

Aida.

Treinta años o la vida de un jugador.

Hernán Cortés y Marina.

Luis Candelas.

Reina y esposa.

Margarita de Borgoña.

Catalina de Howard.

La huérfana de Bruselas.

La Africana.

Garín.

María Stuardo.

La Verbena de la Paloma.

Los dos pilletes.

Juan José.

La viejecita.

Oscar y Amanda.

Los verdugos de Amanda.

El Pernal,

TEATRO POPULAR

A 75 CENTIMOS EL EJEMPLAR

- El jorobado, por A. Bourgeois y Paul Feval.
Treinta años o la vida de un jugador, por Duge y Dinaux.
Don Gil de las calzas verdes, por Tirso de Molina.
La carcajada, por Felipe D'Ennery.
Emilio Zola o el poder del genio, por José Fola Igúrbide.
La taberna, por Emilio Zola.
El mejor alcalde, el rey, por Lope de Vega.
Fantomas o el ladrón incomprensible, por Gervais y Musset.
Casa con dos puertas mala es de guardar, por Calderón de la Barca.
El médico de su honra, por Calderón de la Barca.
Miguel Strogoff, por Julio Verne.
El último cartucho, por J. Molgosa Valls.
Catalina Howard, por A. Dumas (padre).
El licenciado Vidriera, por Moreto y Cabaña.
Las máscaras negras, por Augustot Fochs Arbós.
Tritón o un bandido del gran mundo, por Juan B. Enseñat.
La hermana del carretero, por J. Bauchardy.
La abadía de Castro, por E. Bouchardy.
La herencia del niño Dios, por Gonzalo Jover y Salvio Valentí.
La toga roja, por E. Brioux.
La catedral, por Vicente Blasco Ibáñez.
Los pastorcillos en Belén o el nacimiento del Mesías, por Luis Suñer Casademunt.
Magdalena, la mujer adúltera, por Enrique Pérez Escrich.
La fábrica, por Augusto Fochs Arbós.
Hazañas de Sherlock Holmes, por E. G. Soler y E. Casanovas.